

tener en sus pórticos y en sus cámaras estatuas de dioses y de héroes y de mujeres amadas y de amigos y de poetas, sino que acumularon también en sus moradas preciosos mármoles que representaban sus animales favoritos, grupos interesantes, tipos bizarros, pajarera, fieras, animales mansos, peces, insectos, todo el sistema zoológico en mármol y en alabastro y hasta en coral. Aquel ciervo asaltado por un mastin, grupo asombroso, que campea sobre una pilastra, adornó quizá las salas de Neron ó de Poppea: aquel otro grupo de los dos lebreles que juegan, perteneció á un palacio de la ciudad Lavinia: aquel ciervo de alabastro florido con los cuernos de alabastro oriental fué joya de alguna opulenta familia del monte de Quirino: el leon esculpido en mármol de los propios colores del rey de las selvas, como si la piedra se hubiera anticipado á su destino, estuvo un dia en el templo de la Paz: quizá Vespasiano y Tito fijaron muchas veces su mirada en aquella cabeza singular, donde la naturaleza y el arte se alian para realizar la belleza: la cara es del color del ámbar; los dientes de mármol blanquísimo; la lengua de mármol coralino. Para el pez-leon Carrara dió mármol verde del propio verde de los mares. Para el lobo hubo mármol amarillo obscuro; para la panteira alabastro florido con manchas negras, imitacion tan perfecta de la piel de la fiera, que en vano aspiraria á tanto la pintura. Aquella vaca con el ternero que mama, procede, sin duda alguna, de los originales griegos, tan admirados hace más de veinte siglos. El tigre con su presa y el pavo real estuvieron en la villa de Tívoli, en la mansion encantada de Adriano: la multitud de otros animales, que llenan aquella estancia, fueron quizá parte de aquellas célebres colecciones de Vérres y de Lúculo: exornaron los pórticos y los triclinios de las cortesanas, asistieron mudas y frias, como hoy las vemos, á las orgías y á los dolores, á las glorias y á la muerte de una sociedad, que fué grande hasta en sus crímenes. ¡Qué pequeño y miserable aparece el lujo artístico de nuestros dias, cuando el pensamiento se pasea por las salas de mármol del Vaticano! Hoy se cotizan las academias y las provincias y áun los reinos enteros para levantar una estatua, y se levanta tra-

bajosamente: mezquinas rapsodias de yeso ó de *biscuit*, ó cuando más algun bronce repetido á máquina por miles y miles de ejemplares, adornan nuestros palacios y nuestras casas: en Roma habia estatuas de mármol hasta para los gladiadores y los aurigas, y áun para los seres irracionales, y cada vivienda era un museo, y cada villa una ciudad, y los sepulcros eran templos, y las termas provincias, y Roma, en fin, el resumen de todas las grandezas del universo.

Despues de la sala de los Animales merecen visita y reiteradas visitas la sala de los Bustos, que contiene una curiosísima coleccion, y la galería de las estatuas, exornada con pinturas de Mantegnay Pinturicchio, la de los soberbios arcos sostenidos por columnas de mármol amarillo; en ella están el Cupido famoso, que se considera copia del Amor de Praxitéles, y el Triton sobre el (*cipo*) arca sepulcral de Pletoria Antiochides, que vivió veinte y seis años, y fué, segun reza el epitafio, piadosísima y castísima mujer de Flavio Capiton, á quien no dió otra pesadumbre que la de morir: són de admirar igualmente la Arianna dormida, tenida y cantada tres siglos hace por una Cleopatra; escultura griega de los mejores tiempos: la Juno hallada en Otricoli; el Apolo que persigue al lagarto, copia de Praxitéles; las dos estatuas sedentes de los poetas cómicos griegos Posidippo y Menandro, procedentes de las termas de Olimpias sobre el Viminal; el Fauno ébrio, y la hermosísima Amazona, que estuvo en Villa Mattei, sobre el Celio. En un gabinete especial, sostenido por ocho columnas de rarísimo alabastro de Montecirceo, cubierto de mármoles y adornado con un pavimento de mosaicos arrancados de la Villa Adriana, guárdanse como joyas de mayor precio la Vénus que sale del baño, la Diana Lucifera, y el inestimable Fauno de mármol rojo antiguo, y la Danzatríz y la Minerva y el Ganimédes y el Adónis, obra griega que á pocas cede en mérito.

Atravesando de nuevo la sala de los Animales, se llega á la de las Musas, soberbia estancia, sostenida con diez y seis columnas monolitas de marmol veteado, con la cúpula pintada al fresco, y los muros cubiertos de mármoles de varios colores, enriquecida de mosaicos antiguos, que llenan el pavimento,

formando varios casetones cuadrangulares ó exágonos, en que se ven figuras teatrales y máscaras y arabescos: en esta sala, presidida por el Apolo Musagete ó Citaredo, reproduccion directa de aquel Apolo famoso de Timarchides, que Plinio celebró tanto en el pórtico de Octavia, hállanse las estatuas de las Musas, copias de aquellas de Filisco, que en el mismo pórtico eran encanto de Roma, y junto á ellas las imágenes de Safo y de Aspasia y de Pericles y de Licurgo.

La sala Redonda, construida por Pío VI sobre el modelo del Panteon, es la sala de los bustos y de las estatuas colosales: en su centro se alza, sobre piés de bronce dorado, el gran vaso de pórvido rojo, de 65 palmos de circunferencia, procedente de las termas de Diocleciano: lo grandioso, lo enorme sucediendo á lo bello, determina la decadencia de las artes, del buen gusto, y hasta del imperio. Entre los nichos de las diez pilastras estriadas de mármol, que soportan la ancha bóveda, están las estatuas: delante, sobre trozos de columnas de pórvido, se ven los bustos: el pavimento es todo un mosaico de asunto mitológico, el mayor que se conoce; fué descubierto en Otricoli y adaptado á esta inmensa rotonda, como si para ella lo hubiesen hecho los mosaistas del tiempo de los emperadores: en las estatuas son de notar el Antinoo, colosal, la más espléndida muestra del arte greco-latino en los dias de Adriano; la Juno de la casa Barberini, quizá la misma de Praxitéles, que estuvo en el templo de Platea; la Cérés, ornamento tambien un dia de los edificios pompeyanos en el campo de Marte: entre los bustos colosales descuellan el de la Emperatriz Faustina Mayor; el de Adriano, que perteneció á una estatua del vestíbulo de su mausoleo; el de Plotina, la ilustre mujer de nuestro gran Trajano, y el de Publio Elío Pertinaz, fugaz sucesor de Cómodo. Hoy, el objeto más curioso y más rico de la sala Redonda es el gran Hércules en bronce dorado, descubierto en 1864 en el ángulo de la plaza llamada Campo de Fiori, en aquella region de Roma, que un dia llenaron los monumentos de Pompeyo. El Hércules colosal fué sin duda personificacion de algun emperador, de Maximino probablemente; y escondida por sus partidarios en dias de agitacion, ha permanecido

diez siglos en las entrañas de la tierra para salir, en buen hora, á dar testimonio del arte romano de la decadencia; su tamaño de cuatro metros de altura, la propia rudeza de sus proporciones, su carácter verdaderamente sombrío, como la época á que pertenece, todo contribuye á dar á este singular monumento de la estatuaria antigua una importancia especial para la historia del arte, y áun para la historia misma del imperio. La Roma de Pío IX no ha consentido que el Hércules vaya á adornar un museo de Lóndres ó de Berlin. El erario pontificio, que despues de la pérdida de las Marcas y de las Legaciones, vive de la caridad del mundo, ha pagado 60.000 escudos, bastante más de 1.000.000 de reales, porque la estatua se quede en el Vaticano, y pertenezca al mundo, en vez de pertenecer á la Inglaterra ó á la Prusia.

Al salir de la magnífica rotonda de Pío VI, el viajero se detiene ante una puerta de granito rojo, de 20 piés de altura, á cuyos lados se levantan dos enormes estatuas antiguas de la misma piedra: aquella puerta proviene de las termas de Nerón: hace mil ochocientos años que daba entrada y salida á la multitud ávida de goces: ¡cuántas veces pisó Marcial sus umbrales; Marcial, el abonado diario y cantor de aquellas termas! Hoy sirve para dar comunicacion á la sala llamada Cruz griega, tambien cubierta de mosaicos, en la cual son dignos de especial admiracion y reverencia los dos sarcófagos de pórvido rojo, en que estuvieron los restos mortales de Santa Elena y Santa Constanza, madre é hija del emperador Constantino (quizá tambien los de la otra Constanza, hermana del mismo Emperador), monumentos preciosos del arte, de la historia y de la religion: el primero proviene del mausoleo redondo erigido por Constantino á su madre en la via *Labicana*, en el lugar, fuera de puerta Mayor, que ahora se llama *Tor pignatara*. Veinte y cinco artistas se ocuparon por espacio de nueve años en su restauracion, y no bajó de 100.000 escudos la suma que Pío VI empleó al efecto: los altos relieves, de un mérito extraordinario, dada la dureza de la piedra, representan la batalla contra Maxencio; la cubierta, en forma piramidal, está adornada con preciosas labores de niños, flores y arabescos.

El otro sarcófago, que estuvo en las cercanías de Santa Inés en la via Nomentana, donde aún se ve el bautisterio de Santa Constanza, es de una sola pieza, y lo adornan relieves que representan vendimias y animales, y aquellos dibujos de fantasía tan de moda en los días del imperio.

La vista se sorprende y se recrea ante una escalera de mármol de cuatro ramales, con balaustradas de bronce macizo, y treinta y dos columnas antiguas de granito rojo oriental, de las cuales las dos de pórfido negro son tenidas por únicas en el mundo: á un lado está la sala de los Candelabros, llena de objetos de diversa índole, piezas sueltas de mármol de todas épocas y estilos: enfrente la sala de la *Biga*, así llamada por la *biga* ó carro de dos caballos que se ve en su centro, perfectamente restaurado, y que há muchos siglos servía de silla episcopal en el coro de la iglesia de San Márcos: al rededor de la *biga*, en esta lindísima estancia, también redonda, se ven sarcófagos interesantes por sus esculturas, y entre otras estatuas el discobolo famoso, que lleva escrito con caracteres griegos el nombre de Myron; la Diana cazadora, que estuvo en el templo de la Paz; el Baco indio, vestido con larga túnica; la estatua de mujer, tenida por la musa Polimnia, modelo de paños y de pliegues; el Alcibiades guerrero, y el auriga victorioso.

Tales son, citadas así al vuelo, las salas que forman el gran palacio de mármol, que contiene á su vez las mayores obras que en el mármol haya producido el arte. Con verdadera pena pasamos así, como simples narradores, por delante de tantos y tan insignes monumentos, de los cuales no pocos figuran en las descripciones de Plinio, y eran joyas de primer orden en la Roma, que contaba por cientos de miles las estatuas, y que acogía en su recinto á los profesores más ilustres de la Grecia. Los objetos, de que por su mayor mérito queda hecha mención, bastarian para llenar muchas páginas, y aún volúmenes, que en efecto les han consagrado escritores peritos en el arte, arqueólogos infatigables que Roma produce, como produce filósofos Alemania, y poetas y pintores nuestra risueña Andalucía.

En este libro, que tiene más modestas aspiraciones, no cabe

sino el recuerdo muy somero de las maravillas que aquellos museos encierran, y aún así es de temer que, fatigado el lector de tantos colores, de tantos mármoles y de tanta variedad de artistas, aún dentro de la unidad artística sienta ya impulso y deseo de cambiar de materia y de impresiones.

Pasarémos por alto, no sin injusticia, la descripción de los museos Etrusco y Egipcio, dos grandes secciones de antigüedades, que por sí solas podrian constituir el caudal arqueológico de la capital de un reino, y que, recogidas y ordenadas en Roma y en el Vaticano, sirven admirablemente para completar la historia del arte. En cualquier otro punto, fuera de Italia, los museos Etrusco y Egipcio podrian considerarse como extranjeros, como una apreciable curiosidad; aquí, por el contrario, son parte integrante del capital propio: están en su casa.

El Papa Gregorio XVI ordenó la formación de un depósito de antigüedades etruscas, donde se recogieran todos los objetos hallados en el territorio de la antigua Etruria, comprendido entónces en los Estados Pontificios: la necrópolis de los Vulcos, la de los Tarquinios, la de Agilla, la de Cere y las excavaciones hechas en Toscanella, Bomarzo, Orte y otros lugares vecinos, dieron pronto tan abundante y preciosa colección de monumentos, que apenas es ya bastante para contenerlos la parte del Vaticano que fué vivienda del Cardenal bibliotecario. El museo Borbónico de Nápoles es rico verdaderamente en vasos italo-grecos y en tierras cocidas: pasan de seis mil los objetos que posee; pero no llegan en importancia á los que guarda el Vaticano. Urnas cinerarias, sarcófagos adornados con bajo-relieves curiosísimos, vasos pintados, de la más remota antigüedad, sobre todos el llamado de Baco, cuyos dibujos y colores lo constituyen en un monumento artístico singular: el de Apolo, que revela el primitivo estilo etrusco, anterior á toda influencia griega; la preciosa colección de objetos de bronce, no tan vasta ciertamente como la de Nápoles; la de pinturas etruscas halladas en los sepulcros, tales son los objetos que forman el museo Etrusco, interesantísimos para la historia del arte romano, que en Roma fué etrusco ántes de ser griego, y que aún despues de helenizarse no excluyó la an-

tigüedad etrusca; á ella pertenecía, por razon del estilo, la estatua de Apolo, que Augusto puso en su biblioteca del Palatino; más adelante, ya en el tercer siglo, dice Tertuliano que las estatuas etruscas habian inundado la ciudad.

El arcaísmo ha sido, pues, achaque de todos los pueblos y de todas las civilizaciones. Los romanos, que amaban la genuina antigüedad etrusca y la multiplicaban contrahaciéndola, procedieron de igual suerte respecto de la antigüedad egipcia; por eso el museo Egipcio del Vaticano ofrece á su vez un alto interes histórico y artístico.

Consta de dos partes este museo: una de verdaderas antigüedades egipcias; otra, de esculturas de la Roma imperial, especialmente de la época de Adriano, imitando á las de Egipto.

Á la parte genuinamente egipcia corresponden urnas y sarcófagos de basalto cubiertos de jeroglíficos, cajas mortuorias pintadas por dentro con admirable colorido; la estatua colosal en granito negro, de la madre de Ramsés III, ó sea el gran Sesostris; un fragmento del trono de este Rey; los dos hermosos leones de granito negro encontrados en el siglo xv son procedentes sin duda del templo de Isis ó Serapides; la estatua colosal de la diosa Neïht; las de Ptolomeo Filadelfo y su mujer Artinoe, y otra multitud de monumentos notables por su escultura y por los jeroglíficos que los cubren, sin olvidar la coleccion inestimable de *papiros*.

En la sala de las obras de imitacion son de notar con preferencia las que pertenecieron á la villa Adriana, en Tívoli, entre las cuales hay muchas muy bellas de mármol colorado. Preside la estancia un coloso en mármol blanco, que representa á Antinoe vestido á la egipcia, obra en que están compendiados los primores del arte egipcio y del greco-romano, que seguramente florecia en aquella época del imperio.

Los museos Etrusco y Egipcio, añadidos en buen hora al Pío-Clementino y Chiaramonti, completan de un modo admirable el cuadro histórico de la escultura. Sin salir de aquellas vastas galerías, de aquellas salas y gabinetes, pueden recorrerse épocas y pueblos, y descubrirse grandes verdades estéticas, que

interesan no poco á la ciencia y á la humanidad. ¡Dichoso el que sin preocupaciones arqueológicas y sin preferencias de razas ni de siglos, se proponga y lleve á feliz término tarea tan importante!

Abandonemos ya la ciudad de mármoles del Vaticano, donde un año de muda leccion diaria proporcionaria quizá más enseñanza que muchos cursos académicos de insustancial erudita declamacion. Salgamos del Museo, atravesando nuevamente el patio del Belvedere, en cuyos gabinetes se conservan las obras de primer orden, y desde cuyo balcon se disfruta el espléndido panorama de Roma y sus colinas, y ántes de pasar el cancel que da entrada á las galerías Chiaramonte, penetremos un instante en la magnífica de la derecha, que se llama *Braccio nuovo*: es un salon de más de 70 varas de longitud por 14 de anchura, con un hemiciclo en el centro, bajo una cúpula, que recibe luz de doce ventanas, y que está sostenida por igual número de columnas de riquísimos y variados mármoles: en el pavimento, que es tambien de mármol de colores, hay incrustados diez grandes cuadros de mosaico antiguo, vestigios preciosos de la opulencia imperial. Entre la muchedumbre de estatuas, que esta galería contiene, llaman desde luego la atencion el admirable César Augusto, encontrado en 1863 fuera de la puerta del Pópulo, producto genuino del cincel romano en dias de apogeo para el arte, en los dias en que viene á reflejar sobre Roma el sol que se pone en Grecia. La coraza del héroe ofrece en exquisitos bajo-relieves una alegoría de la estrella de la mañana, y la aurora con el vaso de rocío, precediendo al astro del dia, que bien declara que es la apoteosis anticipada del fundador del imperio. El Fauno con el niño, ó sea Sileno llevando en sus brazos á Baco infante, uno de los mármoles más célebres del arte antiguo, cuya copia en París figura entre los objetos más estimados. La Amazona herida, reproduccion acaso de la de Ctsilao, tan ponderada por Plinio; una excelente copia antigua del Fauno de Praxitéles; la Canefora, quizá la misma de Scopas que Roma admiró en los monumentos de Asinio Polion, sobre el Aventino; el atleta que se enjuga el sudor del brazo, obra egrégia de Lysippo, tal vez la

misma que Tiberio trasladó á su palacio desde las termas de Agrippa, y hubo de restituir por tumultuosa reclamacion del pueblo; la estatua de Demóstenes que Pausanias describió; una cariátide de las que adornaron el templo de Pandros en Aténas; Eurípides con la máscara trágica en la mano; la lindísima y elegante figura del Pudor; la famosa Pallas Justiniani, llamada la Minerva médica, copia griega y única de la Minerva del Partenon, hecha por Fídias; y la Ceres encontrada en Ostia; y la Fortuna ornada de diadema; y los retratos de Julia y de Tito y de Domiciano; y por último, la estatua colosal del Nilo, de que hay una mediana copia en el jardin de Tullerías, en París, procedente del templo de Isis, que estuvo en la que hoy es plaza de la Minerva. Tales son, con otras hasta el número de ciento treinta y seis, las obras de escultura que guarda esta sola galería del *Braccio nuovo*, en cuyo centro hay un enorme y singular vaso de basalto negro, esculpido con tanto gusto y riqueza, que fué una de las obras que á fines del siglo pasado mereció la honra de ser trasportada á París, con otras joyas artísticas, que luégo fueron devueltas en 1815. ¡Ojalá pudiéramos decir otro tanto de nuestros cuadros de Murillo y de Velazquez! Sin salir todavía de los dominios de la escultura, estamos en el corredor de las inscripciones: quinientos pasos mide de longitud: sus paredes tienen una clase de adorno, que excede en mérito al de los frescos más admirados, y al de los mármoles más ricos y al de los mosaicos más perfectos: están cubiertas de sencillas y variadas losas traídas de los cementerios, y señaladamente de las Catacumbas: es una especie de gran registro de una gran ciudad de muertos: pero ¡qué fechas, qué nombres, y qué recuerdos! Al lado derecho están todos los epígrafes de los cristianos, breves como el suspiro de los tristes, sencillos como la vida de los santos; al lado izquierdo los epígrafes de gentiles, vanidosos como el artificio de la retórica; frios como el dolor sin esperanza; duros como la muerte sin resurreccion: unos y otros son tesoro para el estudio de la antigüedad: el lienzo de la derecha es, además, un libro siempre abierto, de altísimas enseñanzas para toda alma agradecida y creyente: los humildes símbolos cristianos junto

á un nombre querido, la cruz del Redentor, el monograma de Cristo, el ramo de vid, el racimo de uvas, el pez, el arca de Noé, la paloma con la hoja de laurel, el *alfa* y el *omega*; tales son los signos que la mano piadosa de los primeros cristianos esculpía ó pintaba, sin pretensiones de belleza artística, sin luz, quizá, en los escondidos cementerios de la via Appia y Ardeatina, de la via Labicana y del Agro Verano, ante la fosa, que guardaba los despojos amados del hijo ó del hermano, de la esposa ó de la madre. El tránsito por la galería de las inscripciones es una especie de visita anticipada á las Catacumbas, pero que no la excusa; ántes bien enciende más y más el deseo de emprender esa interesante peregrinacion por las estrechas calles subterráneas de la Roma de los mártires, solar glorioso de la familia cristiana.

En esta misma galería hay una puerta pequeña, que conduce á otro museo, si cabe, de más precio que el que hemos recorrido: donde tiene un palacio la pintura y otro palacio la escultura, mucho pueden y deben prometerse las ciencias y las letras: los libros y los manuscritos tienen tambien su palacio en el Vaticano. Aquella puerta pequeña es la puerta de la Biblioteca: la puerta es lo único que en ella hay pequeño; que siempre fué modesto y humilde el aspecto de la sabiduría.

La Biblioteca Vaticana corresponde á un gran principio civilizador, enseñado y sostenido constantemente por la Iglesia: como en los tiempos remotos de la ley antigua y de la gente hebrea los libros se guardaban junto al templo, así en las edades de la Ley de gracia, la Iglesia, imponiendo el estudio como obligacion inherente al sacerdocio, ha sido fiel guardadora de los monumentos escritos de toda sabiduría. El origen de la Biblioteca Vaticana se refiere á los primeros siglos. Cuando los Pontífices, dada la paz por Constantino, salieron de las Catacumbas para morar en el patriarquío de Letran, allí fijaron el primer depósito de santos códices, que aumentado con perseverante celo, en fuerza de disposiciones prolijas y de dispendios cuantiosos, formaba ya en la Edad Media una coleccion notable y única, menoscabada luégo tristemente en la mudanza de Roma á Avignon, y en la vuelta de Avignon á